

EL LICENCIADO BARRAQUE

Por Gabriel Camps



Ido. Jesús María Barraqué, ilustre hombre público que ayer fué elegido Presidente de la Asamblea de Compromisarios Presidenciales por la provincia de la Habana y a quien se refiere el Lodo, Gabriel Camps en el interesante trabajo que nos complacemos en publicar.

El DIARIO publica a continuación una biografía del distinguido jurisculto, licenciado Jesús María Barraqué, escrita para "El Libro de Cuba", que muy pronto circulará por todas partes. Es dicha biografía un modelo en su clase, con todo aquel sabor genial que la pluma de Gabriel Camps, maestro de humorismo, imprime siempre a sus elucubraciones.

La biografía del distinguido letrado es, además, justa. Barraqué, como Camps lo define con singular acier-

to, es un UNO, es decir, un director, un constructor, un consejero por antonomasia.

Como tal, ha sido escogido por el Presidente electo de la República, desde el mismo día de su elección, y eso fué con el Presidente Gómez, y eso ha sido en el ejercicio de su profesión, consejero, antes que abogado, de su numerosa y selecta clientela.

Leamos a Gabriel Camps:

Han de permitirme los editores

de este bello libro, que les tilda de poco afortunados en el tino, al disponer que mi oscuro nombre, figure al pié del bosquejo biográfico de uno de los hombres más extraordinarios de la época contemporánea de Cuba.

Procuraré decir mucho en poco, aproximándome, todo lo más que pueda lograrlo la poquedad de mis medios, a esa norma a que se cifien los buenos escritores, por más que con un adarme de modestia, debía yo tomar muy en cuenta que no se ha hecho la miel para la boca del asno. Y además, procuraré no caer en la enfermedad de la admiración, que Lord Macaulay atribuía a muchos biógrafos, que padecen de ese achaque intelectual. Ni diré que es un patriota que pueda codearse con Martí; ni que es en la oratoria un Montoro; ni que escribe como Fray Luis de Granada; ni que es capaz de cantar como Caruso o matar un toro como el Frascuelo.

No, Barraqué es poco in posse y mucho in esse. Lo diré en mi lengua: Es, y no lo parece.

¿Quién es ese hombre? ¿Quién es ese hombre que ha escalado las cumbres del poder sin otros pergaminos que los que le pudo legar una ascendencia de perseverantes virtudes; sin riqueza que traspasara los límites de un existir decoroso, sin esfuerzos extraordinarios para alcanzar los conocimientos en que se basa su cultura, sin lisonjear las pasiones de la multitud para explotar sus perversos instintos; con alardes repetidos de honradez y de hombría de bien, en un medio desdichado, en la observancia de esas virtudes, por la perdida ejemplaridad de la masa directora aquí como en todas partes, torpe hasta la impudicia y cínica hasta el desenfreno?

¿Quién es ese hombre que, abogado, se le discierne **nomine discrepandi** el Decanato de la profesión; Notario se le confían importantísimas cuentas particionales por causa de muerte, teniendo en poco la pericia artística de la distribución y en mucho la equidad, justeza y **bona fide** del distribuidor?

¿Quién es ese hombre que en un inmueble desmantelado del centro de la urbe, levanta en un parpadeo, uno de los mejores edificios de la capital de la Reina de las Antillas, capaz de parangonarse con los más valiosos edificios en su clase del mundo occidental; y que con la acumulación de honorarios, en poderes para pleitos y contratos de inquilinato, erige en un suburbio una quinta familiar, en que no se sabe qué admirar más, si la sabia distribución de los aposentos o su artístico emplazamiento, o lo bonito del conjunto, para que diez años después resulte el suburbio eje o centro capital de uno de los mejores repartos, de que se envanece, con justo título, nuestro querido patio habanero?

000022

¿Quién es ese hombre que merece toda la confianza del presidente Gómez y años después sin que el tiempo y el ejercicio del poder, tan propicios al desgaste de reputaciones lo impidan, constriñe al ilustre Presidente que hemos elegido, tan parco en exaltaciones y promesas, a aseverar, lo primero de todo, que cualesquiera que sean las contingencias del futuro, el único secretario de su despacho, nombrado, es Barraqué?

Yo lo he de decir con una sola palabra. En Barraqué hay una perfecta regularidad en su vida privada. Hijo excelente, buen padre, cariñoso hermano, es como jefe, camarada de todos, Generoso, si los hay. Cumplido, no hay otro. No tiene ninguna excusa nunca para llenar los deberes de la urbanidad social. Como es bueno, en la más amplia acepción del vocablo, Dios le ha querido probar con tribulaciones sin medida, porque como dijo el Eclesiástico: "El que no es tentado y afligido ¿qué sabe? Entre otras. Un hijo de su corazón, es completamente mutilado, en un accidente automovilista, con tan mala fortuna que queda con vida. Pocos han podido decir como nuestro amigo: ved si hay dolos igual a mi dolor. Pero experimentado todo lo punzante de la pena viene la compensación con la cura, y hoy el triste mutilado es un simpático mozo, padre, casado con una mujer tan bella como buena, y, por añadidura, abogado en ejercicio.

Pero esas son cualidades comunes. No hay que buscar en ellas la médula de los hechos. Lo sustantivo en Barraqué es que es número uno. Es posible explicar en aritmética, los números después del uno: así dos, es uno y uno; tres, dos y uno; cuatro, dos y dos. Uno, el uno, no tiene explicación. No hay modo de explicarlo. Eso es Barraqué, el uno. ¿Qué es el uno aproximadamente comprendido? Aquí viene la palabra que antes me refería: autoridad. Barraqué es una autoridad. Tiene ese privilegio. Donde todos obedecen él manda y manda sin imperio y sin énfasis, con el mismo desenfado con que el ave remonta su vuelo cuando le place.

Socialmente es un leader, un conductor, un carpintero con alta capacidad ejecutiva.

Banqueros, astros del orbe financiero, médicos eminentes, los abogados, el ejército, los del comercio, la gente popular, le respetan y le abren plaza.

¿Qué magnetismo personal se desprende de ese hombre para imantar cuanto toca? Lo repetimos: la autoridad.

Ese pináculo, cima, corona, renfante o acabamiento, no lo da el linaje, ni la riqueza, ni la sabiduría, ni el arte en sus múltiples aspectos; no lo da el valor, no lo da el azar. No lo da más que una cosa: la virtud. La virtud que no es gazmoñería ni abstención sino simpatía, llaneza, bondad, longanimidad, desinterés, firmeza en las amistades y en los intentos.

La elección del general Machado no puede ser más acabada. El país ve en Barraqué, verdadero hombre representativo, el principio de una serie necesaria hoy en Cuba, con su preta necesidad: la serie de la rectificación de años perdidos para la honra de Cuba y la felicidad de los cubanos.

Con más de treinta años de ejercicio profesional, a poco de recibir el Diploma universitario entró como pasante en el estudio de uno de los abogados de más nota en la época colonial, el Lcdo. Leopoldo de Sola, quien premió la laboriosidad y pericia del joven letrado asociándolo en breve a su firma. La de Sola y Barraqué, llegó a lo completo de la fama, en términos de que si algún bufete la igualaba, no sabemos de ninguno que la superase.

Apoderado de algunos infidentes deportados en Africa, mantuvo con los hombres del partido autonomista las más cordiales relaciones, y no vacilaban los coloniales integristas de confiarle la dirección de sus negocios judiciales, persuadidos de que sus simpatías por las reformas y la libertad de Cuba, no amenguaban absolutamente en nada su celo y cuidado prolijo de los mismos, ya que, es un hecho curioso y digno de eterna recordación, que si siempre dudaron los integristas de la formidabilidad de los cubanos en lo atañedor a sus anhelos patrióticos, siempre confiaron ciegamente en su lealtad personal y en la caballerosidad de sus proceder. Nunca fué Cuba campo propicio para los profesionales no cubanos, por lo menos hasta los últimos tiempos, pues médicos y abogados habíanse adueñado de la confianza, voluntad y respeto de sus irreconciliables adversarios, en el estado de los procedimientos y porras de la política.

En abril de 1911 fué nombrado Secretario de Justicia de la República de Cuba. De su actuación en ese elevado cargo, no debo hablar. Es tan reciente, que todavía está fresca la tinta con que, en los periódicos, de las más opuestas tendencias, se ensalzó. Negándose al Jitirambo, y no debo hacerlo porque tuve el honor de servir a sus órdenes, como Director de Justicia y no quiero que

pueda tacharse legalmente mi testimonio. El ilustre Manuel Sanguily, cuya muerte aún se llora en todos los ámbitos, y que por prescripción de la Ley, sustituyó a Barraqué en Justicia, como Secretario de Estado, que era a la sazón, y que no fué dado ni a fingir diplomacia, ni a reconocer, ni menos a exagerar méritos, tenía en la mayor estimación a Barraqué, como pueden atestiguarlo los oficiales del Departamento, y cuando el dos de Enero de 1912 presentó la dimisión de su cargo, por discrepar de algunos de sus colegas, en un asunto que él estimó fundamental para la buena gobernación, resultó un duelo público en la casa, para jefes, oficiales y Directores; para todos.

La altura no logró marearlo. Fué el hombre demócrata, liso y bueno de todas las épocas. Esta anécdota lo probará. El Departamento de Justicia tiene carruaje oficial; jamás lo usó. Una tarde, se presenta el coche en mi casa, que está en los fines de la Vibora. Me dice el cochero, con la galoneada chistera en la mano: De parte del señor Secretario, que me ponga a sus órdenes de usted, para que use el coche. Lo usé de este modo: Lléveme usted al Calvario; di mi paseo por la campiña y envíe este recado: Dígale usted al señor Secretario que le doy las más expresivas gracias por la atención y que tenga la bondad de archivarlo, porque a mí me produce este boato el mismo efecto que a él.

Barraqué no se olvida nunca de sus amigos. Personalmente yo no le debo más que gratitud. Ha sido mi biógrafo, naturalmente sin pizca de imparcialidad; salvo cuando me califica de indisciplinado, y alguien podría pensar que, puesto que amor con amor se paga, las precedentes líneas constituyen el pago debido a una obligación contraída. Se equivocaría mucho. Son preferentemente un motivo que aprovecho para decir algo que, hace tiempo, se me quiere salir del pecho. El mundo está perdido, lo que para mí quiere decir molesto, porque se ha perdido el principio de autoridad.

En Cuba nadie manda; ni manda el Ejecutivo, ni ha mandado nunca el Poder Judicial y del Poder Legislativo no hay que hablar. Todas las medidas de gobierno se adoptan por vía de acomodo o transacciones y la fórmula jurídica es la de los cuasi contratos: **Do ut des.**

Al mando se le llama dictadura, cuando lo ejerce el poder público en el servicio de las buenas causas; basta que colectivamente se realice cualquier desafuero para que se entienda que ha quedado cumplida la Ley con tal que se llenen páfida: mente las formas. Nunca como hoy

1000033

pueden decir los honores que no hay desvergüenza que no se realice en nombre de la libertad. Parece que el nuevo Presidente General Machado, no cree en dictaduras colectivas, y que, con él, empezaremos a tener autoridad y orden. La identificación con Barraqué es un indicio grave y concluyente de ello.

Resulta desconsolador y humillante que Cuba sea vista como un paraíso por los extranjeros y hagan de ella un infierno los cubanos, por la poca autoridad de sus exiguas clases directoras.

*LM
Margarita/25*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA